

# Estadísticas sobre la Vejez. El punto de vista sociológico

Lourdes Pérez Ortiz

Universidad Autónoma de Madrid

**E**l estudio del envejecimiento o, de forma más general de los cambios que se producen en los comportamientos, actitudes y valores a medida que cumplimos años, se enfrenta a una dificultad metodológica específica. El comportamiento electoral puede proporcionarnos un buen ejemplo; es conocido que las personas mayores declaran en las encuestas mayor participación electoral que otros grupos de edades y, en particular, los jóvenes. Una primera explicación de esa diferencia podría ser que con la edad las personas se sienten más inclinadas a la participación electoral porque la consideran un deber cívico; si esta hipótesis se confirmara podría pronosticarse que las personas que hoy son jóvenes irán aumentando su participación electoral a medida que cumplan años. En este caso se trataría de un *efecto de la edad*. Sin embargo, es obvio que las personas pertenecientes a estos dos grupos de edades nacieron en momentos del tiempo alejados entre sí y que, por tanto, han tenido experiencias muy distintas a lo largo de su vida; la diferencia en el comportamiento electoral bien podría ser resultado de esos desiguales recorridos vitales. En el caso español, por ejemplo, se podría conjeturar que la mayor propensión al voto de las personas mayores se debe al hecho de que crecieron y maduraron durante un régimen autoritario en el que la participación electoral regular no era posible; llegada la democracia, estas personas otorgarían un valor elevado al acto electoral. Por el contrario las personas jóvenes no han tenido esa experiencia, para ellos la posibilidad de votar ha existido siempre. Si la diferencia de comportamiento observada se debe a la disparidad de los recorridos vitales, ya no se trata de un efecto de la edad sino de un *efecto de generación* o *efecto de cohorte*. La diferencia entre ambos efectos es relevante sobre todo si pensamos en las posibilidades de anticipación de comportamientos que implican unas y otras, si es un efecto de la edad, en todas partes los jóvenes son poco propensos al voto y, a medida que van cumpliendo años, su implicación aumenta y acuden más a votar; en una sociedad envejecida podríamos esperar tasas de participación electoral crecientes en la medida en que los mayores, los que más votan, serán cada vez más abundantes, y los jóvenes más escasos. Sin embargo, si se trata de un efecto generacional y observamos, como es el caso, que a medida que disminuye la edad lo hace también la participación electoral, la proyección de los comportamientos futuros sería muy distinta; bien podríamos conjeturar que existe un proceso de creciente desafección hacia los sistemas democráticos cuya manifestación más evidente, es precisamente la baja participación electoral.

Para poder separar lo que corresponde a cada uno de los efectos necesitaríamos disponer de observaciones de las mismas personas en sucesivos momentos del tiempo, esto es lo que llamamos estudios o encuestas longitudinales. Los estudios de este carácter son costosos y tampoco escapan a otro conjunto de dificultades metodológicas, por estas razones son escasos. Es más común contar con encuestas que se repiten periódicamente en las que se preguntan las mismas cosas a lo largo de una serie temporal, pero a personas distintas. Sin embargo, este tipo de encuestas tampoco eluden todas las dificultades que entraña el análisis de las diferencias de edades. En efecto, al comparar encuestas realizadas en distintos momentos del tiempo, se introduce un nuevo conjunto de factores que se conocen conjuntamente como *efecto del período* o *efecto del momento*. En la experiencia electoral de nuestro país, las tasas de participación agregadas han variado a lo largo del tiempo en función del contexto político general del país (situaciones de crisis económica, de mayor o menor confianza en las instituciones o en el sistema político, elecciones en las que se trata de cambiar el partido de gobierno o en las que se confirma) arrojan tasas de participación diferentes; todos ellos son efectos del momento. La única forma de evitar este efecto consistiría en observar tan solo lo que ocurre en un momento determinado, pero en ese caso no es fácil distinguir el efecto de la edad y el de la generación de pertenencia. Si contamos con varias observaciones sucesivas a personas distintas pero del mismo grupo de edades, podemos eliminar el efecto de la edad, pero no distinguiremos bien los efectos de generación y del momento. Incluso en el caso de que contáramos con una encuesta longitudinal, siguiendo a las mismas personas a lo largo del tiempo conseguiríamos despejar el efecto generacional, pero los de la edad y del momento seguirían interfiriéndose. Esto no quiere decir que el análisis de la vejez o de la edad sea una tarea imposible, sólo que hay que ser cuidadosos a la hora de explicar por qué suceden las cosas, que hay que contar con la información necesaria y seguir desarrollando técnicas de análisis que nos permitan distinguir los distintos efectos que explican los diferentes comportamientos y actitudes.

La mayor parte del trabajo de los sociólogos de la vejez se basa en estadísticas sociales. Estas fuentes de información miden comportamientos, actitudes y valores de la población general de un país y por ello suelen basarse en muestras representativas de toda la población, usualmente de los mayores de edad. En ellas, las personas mayores son un grupo más de edades y, lo más habitual, es que no contemos con unidades mues-

trales suficientes para realizar las más elementales subdivisiones entre personas mayores. Estas fuentes, además, suelen condicionar el tipo de análisis que se realiza que se centra en las diferencias y semejanzas entre grupos de edades, suponiendo que dentro de ellos –de los grupos de edades– las personas se comportan de manera homogénea. Sin embargo, las personas mayores son un grupo etario de recorrido muy largo, convencionalmente se establecen los 65 años como umbral de entrada, y cada vez es más evidente que existen muchas diferencias entre ellos y, sobre todo, la que marca el estado de salud funcional. Habitualmente utilizamos como indicador de esta situación la misma edad y suponemos que al menos hasta los 75 años las personas son autónomas; desde un punto de vista más sociológico la división es pertinente ya que no parece que la experiencia de la vejez pueda ser lo mismo para las personas que acaban de ingresar en ella o que pueden tener todavía la jubilación reciente, que aquellos que llevan más tiempo en ella. El grupo de más veteranos suele además estar compuesto en mayor medida por mujeres, viudas y que viven solas. Incluso venciendo estas limitaciones, no es fácil encontrar estadísticas sociales que se hayan realizado en sucesivas ocasiones y, más aún, que a lo largo de todas ellas mantengan una metodología semejante. En España solemos utilizar las encuestas del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), pero a partir de ellas podemos obtener poca información, con pocas unidades muestrales (las muestras suelen incluir unas 2000 personas de 18 o más años) y lo normal es que no se haya entrevistado a más de 600 personas mayores y, desde luego, es muy difícil construir series temporales; como además esas encuestas suelen realizarse en los domicilios, también suelen estar sesgadas en el sentido de que seleccionar como entrevistados a personas que pueden responder al cuestionario por sí mismas. Las bases de datos internacionales tampoco proporcionan mucha más información, la riqueza de la *Encuesta Mundial de Valores* queda bastante mermada cuando se trata de realizar un análisis referido a la vejez; en este caso la muestra española suele tener un total de mil unidades muestrales por lo que el número de personas mayores incluidas suele ser de unas 200 personas. Otro tanto sucede con los *Eurobarómetros* que elabora Eurostat o con la *Encuesta Social Europea*. En todos estos casos, se podrían construir series porque mantienen una parte del cuestionario común y, además en ocasiones se preguntan asuntos relativos a las personas mayores, pero el número limitado de personas mayores incluidas en las muestras suele reducir de una forma muy importante las posibilidades de análisis.

Además de las estadísticas sociales, se puede extraer información de otras fuentes más generales; estas estadísticas suelen proporcionar información de interés aunque no suelen colmar las expectativas de los sociólogos de la vejez. Se trata de las estadísticas de protección social (Eurostat, OCDE), de las estadísticas de rentas de los hogares (INE, Encuesta de Condiciones de Vida; Eurostat), encuestas de salud y relacionadas con aspectos sanitarios (INE, Ministerio de Sanidad), las estadísticas del mercado de trabajo (INE y Eurostat) y la mucho más prometedora para nuestros fines muestra de vidas labora-

les (Instituto Nacional de la Seguridad Social) y, desde luego las estadísticas sobre pensiones y pensionistas (Instituto Nacional de la Seguridad Social, Dirección General de Clases Pasivas). Mención aparte merecen las estadísticas sobre salud funcional. Se trata de operaciones estadísticas de gran riqueza, pero con algunos defectos importantes, en cada una de las encuestas realizadas por el INE se ha utilizado un marco conceptual distinto que dificulta conocer la evolución de un aspecto tan relevante como la relación entre el aumento de la esperanza de vida y los años vividos con autonomía o con un estado de salud aceptable. Desde el punto de vista sociológico este es un dato básico, pero la encuesta tampoco recoge de forma apropiada los aspectos relacionados con los cuidados y, mucho menos, las preferencias con respecto a las distintas formas de cuidado o las actitudes hacia la dependencia. Otro defecto adicional es que las encuestas no indagan de qué manera se inicia el proceso de dependencia y cómo las personas se adaptan a ese nuevo estado de salud y a las relaciones con su entorno. Eurostat tampoco ofrece mucha ayuda en sus estadísticas armonizadas de salud funcional.

El panorama de las estadísticas que utilizamos los sociólogos de la vejez se completa con encuestas específicas que no tienen, sin embargo, una periodicidad fija ni tampoco suelen mantener un conjunto de cuestiones estables que puedan permitir la comparación temporal. Entre ellas destaca un conjunto de encuestas realizadas a partir de los años 90 por el Imsero. En los últimos años es posible acceder también a algunas de estas encuestas de ámbito internacional, destacan entre ellas las realizadas en el marco del proyecto SHARE (*Survey of Health, Ageing and Retirement in Europe*), que ha realizado ya tres oleadas desde el año 2004. La encuesta recoge un conjunto muy variado de cuestiones y ha dado lugar a un conjunto muy abundante de publicaciones en las que se analiza esta información. El estudio, sin embargo, no investiga aspectos relacionados con actitudes y valores.

Este panorama que ofrecen las estadísticas de vejez en España es muy parecido al que presentan todos los países desarrollados. En la mayoría de estos países existe una gran cantidad de información importante pero dispersa y que está lejos de satisfacer las necesidades que requieren el estudio de la vejez y el envejecimiento. También en la mayoría se han realizado esfuerzos para sistematizar esa información (en España, desde el año 2000, el Imsero realiza una recopilación de estadísticas cada dos años, <http://www.imsersomayores.csic.es/estadisticas/informemayores/index.html>). Quizá el motivo de la dispersión, los defectos y las carencias sea simplemente la novedad del envejecimiento de la población, que es en efecto una novedad de la segunda mitad del siglo XX. Sin embargo, la tarea de corregir estas características parece ya ineludible una vez que la vejez se ha convertido ya en una fase normal de la vida que con toda probabilidad alcanzarán la mayor parte de los habitantes de los países desarrollados que, en consecuencia será un grupo de edades cada vez más nutrido y cuyos comportamientos, actitudes y valores dejarán su huella sin duda en el conjunto de la sociedad.